

Jaime Quezada y la poesía a toda hora

Después de un período de penosa esterilidad Chile vislumbra un renacer de su poesía, que no es obra de la casualidad, sino que del fervor de sus escritores. Jaime Quezada es uno de ellos y a una edad que no confiesa, pero que está cerca de la llamada edad de Cristo, reaparece en el panorama literario con su libro **ASTROLABIO**, publicado por Editorial Nascimento, y que reúne lo mejor de su tarea poética.

Leída en un antiguo libro sobre viajes la palabra "Astrolabio", que denomina a un instrumento para medir la altura de los astros, le sirvió de título: "ASTROLABIO es un libro que hice lentamente para mostrar una línea cronológica de mi poesía, que abarca una década. Son como mis obras completas o los recuerdos de un cuarto de vida", explica.

Jaime Quezada nació en la ciudad de Los Angeles, fue el número once entre doce hermanos y sintió muy pronto el llamado de la poesía: "Desde que ví las formas distinguí los colores y sentí despertar mis sentidos me maravillé con el mundo", dice. Sus ojos admirados lo llevaron a escribir los discursos en la escuela y luego a escribir un diario, enteramente a mano, que repartía a familiares, amigos y al paradero todas las mañanas. "Un plato de cerezas, el vuelo de una plumilla de cardo, los pañales de un niño de pecho en los balcones de una casa, me llevaron a escribir", confiesa en su nuevo libro, en el que el valor de su in-

roducción testimonial en prosa tiene tanto valor como los poemas.

"No tuve libros en mi infancia —los cuentos de la infancia me los narró mi madre—, salvo el silabario *Mi Tesoro y El Cabrito, El Peneca, El Billiken*", relata. Y aclara que fue la suya una niñez feliz cuyos retazos perduran en su poesía.

"POR EL DESARROLLO LIBRE DEL ESPIRITU"

Cuando tomó la vía adulta entró a la Escuela de Derecho en la Universidad de Concepción y egresó hace años sin llegar a recibirse: "Abandoné el derecho porque me sorprendió en amores con la poesía y como entendí que ella era mi vocación no quise servir a dos señores. Asumí una conducta muy clara al tomar la literatura como una actividad tan digna como cualquier otra".

Para él un poeta es: "Un ser que habla por los demás en un lenguaje de amor, de verdad y de acercamiento a las cosas". En madura determinación adoptó la poesía como un devoto una religión, que en su caso implica una vida sencilla, casi ajena al mundanal ruido: "He hecho voto de pobreza, de soledad y de meditación, porque no soy un poeta de fin de semana ni fiestas de guardar. Soy poeta todos los días aunque no esté escribiendo".

No desmiente su sentido religioso "aunque no a la manera litúrgica, sino a al-

go que pueda unirnos más entre seres humanos" y casi para él mismo añade: "Tarde o temprano terminaré haciéndome monje. Ojalá me ganara la Polla Gol para tener una comunidad cerca del mar".

Y como un poeta proviene de tantas cosas, gentes y lugares, de lecturas como la obra de San Juan de la Cruz, su autor de cabecera, y de experiencias como su estadía en Solentiname, Nicaragua, junto al cura-poeta Ernesto Cardenal; nos habla de esos días inolvidables que vivió gracias al dinero ganado en un concurso: "Viajé por Centroamérica y estuve cuatro meses en Solentiname incorporado a su comunidad, acercándome al cielo, a la tierra y al prójimo, ajeno a lo material y al egoísmo, haciéndome una limpieza de corazón. Fue una de las etapas más felices de mi vida".

Su itinerario vital parte en Los Angeles, sigue en Concepción y echa raíces en Santiago, con algún viaje afuera como un paréntesis, sin embargo sus poemas llevan en sí a la provincia y denotan nostalgia: "La mía es una nostalgia marcada por un sentido anecdótico y un lenguaje cotidiano", reconoce.

En su actitud modesta emergen dos razones de orgullo que son la poesía y su Universidad de Concepción: "Ella me dio la conciencia del trabajo con dignidad y me formó dentro de una generación limpia y sana. Tuve la suerte de

tener buenos maestros escritores en la época en que era rector don David Stitckin, al que habría que levantar un monumento, porque en su gestión se crearon los primeros talleres de escritores y se realizaron los más grandes encuentros latinoamericanos de artistas e intelectuales. En esa Universidad era hermoso el diálogo entre los mayores y los menores, y bajo su lema "Por el desarrollo libre del espíritu" grandes hombres nos abrieron una ruta".

Y en la ruta de Jaime Quezada ya figuran varios libros: "Poemas de las cosas olvidadas"; "Las palabras del fabulador"; "Antología de la poesía joven de Chile" y "Astrolabio". En el futuro espera la publicación de "Chabela y el jugador", con ilustraciones especiales de Tatiana Alamos y, entretanto, prepara un estudio sobre la prosa de Gabriela Mistral.

Convencido de la vitalidad de la poesía quiere que ella sea una especie de pan de cada día y para ello propone: "Utilizar más los medios de comunicación. Que haya programas de radio y televisión donde se difundan nuestros poetas porque creo que el público estaría contento, ya que Chile es un país más bien de poetas que de futbolistas. A los diarios también les cabe una gran responsabilidad por tradición, ya que en el pasado los más grandes escritores se dieron a conocer a través de ellos. Basta recordar que casi toda la prosa de Joaquín Edwards Bello y de Gabriela Mistral, entre otros, se publicó en diarios y revistas".

Inevitablemente rompemos la atmósfera poética al preguntarle en qué forma logra subsistir un poeta absoluto, pero la respuesta también llega: "Escribo para algunas revistas de acá y de afuera y esto me permite vivir modestamente".

En esta forma Jaime Quezada entrega su vida a la poesía y permite que nuestra excelente tradición continúe.



EL POETA Jaime Quezada acaba de publicar un nuevo libro titulado *Astrolabio*.